

Baeza

En el III Centenario del Quijote

AÑO 1

Domingo 7 de Mayo de 1905

NÚM. 16

EN HONOR DE CERVANTES

CON el mayor entusiasmo, con sincera y profunda alegría, se asocia «BAEZA» al homenaje que España toda rinde hoy al insigne autor del Quijote.

Consideramos ese homenaje como un acto de justicia reparadora, en pró de quien tanto llegó a merecer, y tan poco pudo conseguir de sus contemporáneos; lo consideramos, también, como un tributo de gratitud debida al hombre extraordinario, que tal vez más que ningún otro ha contribuido a enaltecer el nombre de España.

Al dedicarle este número de nuestro modesto periódico, no tenemos la pretensión de hacer algo que ni remotamente sea digno de la grandeza de su gloria; aspiramos solo a cumplir un deber, y realizar un deseo, expresando públicamente la inmensa admiración que nos inspira, y a la cual se une un sentimiento de orgullo, de ese orgullo noble y legítimo que todo español debe sentir al exclamar, imitando el antiguo *cives romanus sum*: "mi patria, es la patria de Cervantes."



Cervantes firmando la dedicatoria del Quijote al Conde de Lemos



Fol. 1

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo don Quixote de la Mancha.

*Capítulo Primero. Que trata de la condi-
ción, y exercicio del famoso hidalgo don
Quixote de la Mancha.*



EN Vn lugar de la Mancha, de
cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo
que viuia vn hidalgo de los de
lança en arçabispado, adarga anti-
gua, rocin flaco, y galgo corre-
dor. Vna olla de algo mas vaca
que carnero, salpicon las mas
noches, duelos y quebrantos los
Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de aña-
didura los Domingos: consumian las tres partes de su
hazienda. El resto della concluian, fayo de velarte,
calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de

A lo

Faksimil del folio 1.º de la primera edición del Quixote

Mi opinión sobre el Centenario

Cúmplense ahora trescientos años desde la publicación del gran libro de Cervantes; y ha bastado que un periodista ilustre, el ingenioso y cultísimo Mariano de Cavia expusiera hace algún tiempo la idea de celebrar el centenario de tan memorable acontecimiento, para que España entera se apreste hoy á realizarla con empeño fervoroso.

Desde las más altas á las más modestas representaciones de la vida nacional, cuantos elementos sociales simbolizan ó entrañan en cualquier sentido el poder, la cultura, la actividad sana y provechosa, disponen hoy sus medios, grandes ó chicos, que esto significa poco, si la intención es buena, en servicio de una obra considerada como cosa común, que á todos obliga, tanto como les honra y ennoblece.

El Estado y las Corporaciones oficiales de los distintos grados y

órdenes, los centros docentes, el ejército, las clases aristocráticas y productoras, la prensa con sus propias iniciativas y sus grandes elementos de propaganda, las asociaciones científicas, literarias ó artísticas, y muy principalmente aquellos hombres de mérito extraordinario, á quienes corresponde de derecho la dirección de nuestra vida intelectual, todos sin distinción de escuelas filosóficas, de partidos políticos, ni de tendencias literarias ó artísticas, contribuyen al movimiento felizmente iniciado por aquel insigne periodista, que puede contar éste como el más genial de sus aciertos y el más indiscutible de sus triunfos.

¿Cómo y por qué se ha producido tal unanimidad de opiniones y tan maravilloso concurso de voluntades? ¿Es que el maestro Cavia dispone de un poder mágico tan

grande como sería menester para borrar las eternas diferencias de los españoles, uniéndolos á su antojo en una acción común? ¡Ojalá que así sucediera, porque en tal caso, como buen aragonés, emplearía seguramente en provecho de España esa prodigiosa facultad!

Pero no se trata aquí de prodigios sobrenaturales, ni de artes de encantamiento: se trata sólo de una idea cuya bondad y justicia nadie puede discutir, y que, además, ha aparecido con oportunidad notoria, por responder á sentimientos y necesidades actuales del pueblo español; consistiendo, tal vez, en esta razón de conveniencia general el secreto de su éxito.

En mi humilde juicio, representa Cervantes la encarnación perfecta, genuina del alma española en lo que ella tiene de más ampliamente humano, es decir, en aquellos elementos esenciales de su naturaleza, que no cambian al compás de las preocupaciones reinantes en cada tiempo, sino que subsisten y perduran en todos, ora desenvolviéndose con libertad, cuando las condiciones del medio social lo permiten, ora permaneciendo latentes, si así lo exigen absurdas intolerancias; pero siempre vivos, como fuentes perennes de renovación progresiva.

Su inteligencia poderosa, que le permitió abarcar y cultivar con éxito las distintas ramas del saber, anticipándose á veces á su época con intuiciones verdaderamente geniales; su bondad ingénita, determinante de su proceder siempre recto y caballeroso, y de aquella indulgencia apacible con que soportó las persecuciones de sus enemigos, sin llevar jamás la protesta hasta los límites de la injusticia apasionada ni de la sátira acre y ofensiva; el valor heroico y sereno, tan perseverante, como exento de arrebatos, que en más de una ocasión hubo de demostrar; su educación amplia y cosmopolita, dirigida por una tan admirable maestra como lo fué su experiencia propia en los distintos países y esferas sociales en que su vida se desarrolló, desde la España sombría de Felipe II, hasta las ciudades libres

y luminosas de la Italia del renacimiento; desde el círculo estrecho formado por los familiares de un príncipe de la Iglesia, hasta la sociedad alegre y expansiva del soldado en campaña; desde los refinamientos, intrigas y decepciones de la corte del Vaticano, que muy de cerca pudo estudiar, hasta las amarguras de su cautiverio en tierra argelina, cuya larga duración dióle espacio para conocer la vida y la civilización de Oriente, tan distinta de la nuestra; todo esto, unido á la cruel, pero provechosa escuela de sus desgracias, fué parte, sin duda, á hacer de nuestro grande hombre un espíritu superior, admirablemente equilibrado y sereno, dueño de sí mismo, y capacitado como ningún otro para observar desde su altura las intimidades del alma nacional, despojándola de rutinas y prejuicios, y asimilándose los inmensos tesoros que encierran de bondad, de heroísmo, de belleza imperecedera y sublime.

Como fruto de esa observación portentosa, llegado ya Cervantes á la completa madurez de su genio, dió á luz el libro cuya aparición se conmemora hoy; y no hay que decir, con tales antecedentes, que ese libro fué, es y será el libro español por excelencia, eternamente nuevo, digno siempre de admiración y de estudio.

Bajo el punto de vista de la forma, recógense en él, para depurarlas y ennoblecerlas, las distintas procedencias y modalidades históricas de nuestro idioma patrio. Un filólogo ilustre, ha dicho recientemente: «la lengua de Cervantes es la lengua castellana en el momento de su mayor esplendor, y su libro inmortal presenta los más acabados modelos de su rica variedad de tonalidades y matices: del habla caballeresca y anticuada, del habla erudita, del habla popular, del habla pastoril, del habla picaresca». Esos y otros elementos fundidos en el crisol de aquella inteligencia excepcional, dieron por resultado el habla española.

En cuanto á las ideas que constituyen el fondo del libro, españolas son también, pero con españolismo independiente y sano, nutrido de la más pura savia del carácter nacional, libre de todo espíritu sectario, de toda extraña influencia capaz de desnaturalizarlo y pervertirlo.

Vivió Cervantes en tiempos de intolerancia y fanatismo ciego, y sin embargo, no se nos ofrece en su obra maestra como intolerante y fanático. Reinaba, entonces, con imperio incontrastable, lo mismo en la teoría que en la práctica, el concepto del poder absoluto de los reyes, como fuente de todo derecho público y privado, y á pesar de ello, no vemos que ese absurdo principio sirva de base á su concepción de la vida jurídica, fundada, por el contrario, en las reglas de la justicia eterna.

Habíase admitido como norma indiscutible de perfección en aque-

lla sociedad el erróneo sentido de la vida que ordena prescindir de los bienes y goces materiales, para obtener la posesión de los espirituales, estableciendo así un antagonismo impío entre los dos elementos de la humana naturaleza, como si ambos no fueran obra de Dios; y no obstante la influencia avasalladora de tal doctrina, cuyos funestos resultados para el progreso y el bienestar de nuestra patria aún se dejan sentir, Cervantes logró sus- traerse á ella, restableciendo el equilibrio entre aquellos dos ele- mentos, personificados en su admi- rable fábula por el idealismo subli- me de Don Quijote y el materialis- mo de Sancho; ambos igualmente legítimos y necesarios para cons- tituir, completándose recíproca- mente, y uniéndose en síntesis de suprema armonía, el único funda- mento posible de una vida racio- nal y humana.

No es maravilla que inspirado el gran libro en ideas que no se amol- daban á las de su época, dejase de obtener entre los contemporáneos aquel predicamento y celebración que por tantos títulos merecía; y aún puede tenerse como milagro que escapase su autor sin graves tropiezos, gracias á la suma discre-

ción y habilidad con que los supo eludir, ofreciendo su trascendentali- sima obra como asunto de mero entretenimiento literario.

Pero los años transcurrieron; ele- vóse poco á poco el nivel de la cul- tura general, y al cabo los eruditos (sin que desgraciadamente fueran los primeros los españoles) comen- zaron á darse cuenta del valor in- menso, en todos los órdenes, que la prodigiosa creación encerraba. De entonces á hoy se ha formado en torno de ella y de su autor to- da una literatura variada y rica, que si no ha llegado á agotar la materia de su estudio, cosa harto difícil, basta y sobra para que los hombres de alguna ilustración tengan idea más ó menos aproximada de sus méritos y excelencias.

Semejante estado de opinión ha- bría sido, sin duda, causa suficiente para que al aproximarse este ter- cer centenario del libro inmortal, ó con cualquiera otro motivo, se letri- butara el merecido homenaje de ad- miración y respeto; mas una nue- va y desgraciada circunstancia ha venido á contribuir poderosamente para que así suceda.

Llegada nuestra España, con los recientes desastres coloniales, á los últimos grados de su decadencia, si

es que aún no le amenazasen mayo- res desdichas, empiezan á surgir en ella ansias de regeneración, anhe- los infinitos de mejoramiento. El buen sentido, cuando no los pasa- dos desengaños, hace comprender que el remedio de tantos males no puede venir de fuera; que ha de ob- tenerse en primer término por el es- fuerzo propio, y que ese esfuerzo será estéril si no se encamina en una sola y acertada dirección.

Para buscarla no se puede proce- der arbitrariamente; no se puede, sobre todo, acudir á aquello que nos separe y divida, sino á lo que nos una con lazos estrechos ó inque- brantables, fundados, como es lógico, en el carácter de la raza convenientemente depurado en la historia, en el idioma, en el territorio, en aquellas cosas que nos son comunes.

Todo llamamiento hacia esa uni- dad, no puede menos de ser aten- dido en los momentos actuales, si se funda en la razón; y por ello nues-

tro pueblo, compren- diendo, con el seguro instinto de las grandes colectividades, que algo provechoso para los al- tos fines de unión pue- den aportar las ense- ñanzas de aquél que tan admirablemente perso- nificó el alma española, vuelve hacia ellas la vi- sta con afán entusiasta. De aquí el éxito del centenario.

Si la idea de su cele- bración llega, en efecto, á producir, en poco ó en mucho, tales resulta- dos, bien haya el que la inició; bien haya, sobre todo, el Genio inmortal que al cabo de tres cen- turias proporciona, con el riquísimo legado de sus pensamientos, un beneficio á su patria.

Luigi Moretti

DIÁLOGO

*Interlocutores:
Don Quijote y Sancho Panza.*

*Lugar: los alrededores
de la bienaventuranza,
de la cual son moradores.*

*Llega Sancho presuroso
á donde está su señor,
y él, de ordinario calmado,
grita, sin darse reposo,
con desusado calor:*

—¡Albricias, señor, albricias!
No goza tantas delicias
bebiendo, quien tiene sol,
como yo con las noticias
que traigo á vuesa merced.

—Grata debe ser la nueva,
Sancho amigo, á lo que infiero,
cuando á tu espíritu lleva
entusiasmo tan sincero.

—Mi buen amo, ahí va la prueba.

Magüer que ignorante y rudo,
nunca olvidó vuestro aviso
de que me rape á menudo
esta barba de felpudo
que el destino darne quiso.

Fuime, pues, con ese objeto,
temprano á la barbería,
y allí vi que les leía,
á otros varios, un sujeto,
los periódicos del día.

Dediquéme, acto seguido,
á prestar atento oído
á la lectura, y á fé,
que siempre bendeciré
la ocurrencia de haber ido.

Eran noticias de España,
á nosotros referentes...
y la cosa más extraña
es que allí están en campaña

por nosotros muchas gentes.

Organizanse festejos
variados, nuevos y viejos,
certámenes de poetas,
cabalgatas y retretas,
discursos y... otros anejos;

y no hay villa ni lugar,
de Santander á Alicante,
ni de Irún á Gibraltar,
en que algo no se le cante
«á la pareja sin par».

¡Válame Dios, y qué zote
será, y qué cerebro huero,
quien no vea en ese mote
á mi señor Don Quijote
y á este su fiel escudero!

—Mas, ¿por qué tal explosión
de alborozo extraordinario?

—Por el tercer Centenario
de nuestra presentación
en el mundo... literario.

—Actos de justicia pura
y pruebas de gran cultura;
lo que hoy en España se hace,
júrote que me complace
como la mayor ventura.

Y has de saber, Sancho hermano,
que aquel Genio soberano
de sin igual fantasa,
que fué creador, y galano,
de tu vida y de la mía;

aquel rey de los colosos,
que heredó tan rica parte
de los dones más preciosos
de Apolo, Minerva y Marte,
todos con él generosos;

el titán de espada y pluma,
de cuyos hechos la suma,
ya en Lepanto, ya en Argel,
si ha de ser exacta y fiel,
á la misma Fama abruma;

el insigne Cide Hamete

(vulgo Miguel de Cervantes)
que, en su penola gine, nos dejó en un periquete
sin caballeros andantes;
en fin, el sabio varón
cuya donosa invención
de mi locura ingeniosa,
surgir hizo, esplendorosa,
la aurora de la razón,

y con tus majaderías,
y en donaireso amasijo,
con tus socarronerías
es fuente de regocijo
y de francas alegrías,

merece eso y mucho más,
y creo que nadie arguya
nada en contrario, además,
pues obra como la suya,
ni háyla, ni la habrá jamás

Código del buen sentido,
á todo idioma vertido;
biblia láica... no hay un hombre
que no se admire y se asombre
al leer su contenido.

Es hija de la experiencia
de una azarosa existencia
adversa, cual no hubo dos,
y de la clarividencia
que al Genio concede Dios.

¡Qué elegancia en el narrar!
¡Qué ingenio en el combinar
tan múltiples elementos!
La profundidad del mar
se aprecia en sus pesamientos.

¡Qué sano es el humorismo
que en toda la obra campea!
¡Cuán hermoso el platonismo
de mi amor por Dulcinea!
¡Explicome el Cervantismo!

Se comprende que arrogantes

muchos de los habitantes
de la triste España de hoy,
piensen con orgullo: ¡Soy
de la patria de Cervantes!

—Tengo para mí y me temo,
señor, andar acertado,
que al gran escritor—soldado
que tanto trabajó al remo,—
los más no le han saludado;

que en España todavía
lee poquísima gente,
y la analfabetería,
dolencia crónica mía,
reina allí endémicamente.

—Gran verdad es todo eso,
queda por roer el hueso,
pero es preciso que notes
que hay más Sanchos que Quijotes,
lo cual retrasa el progreso.

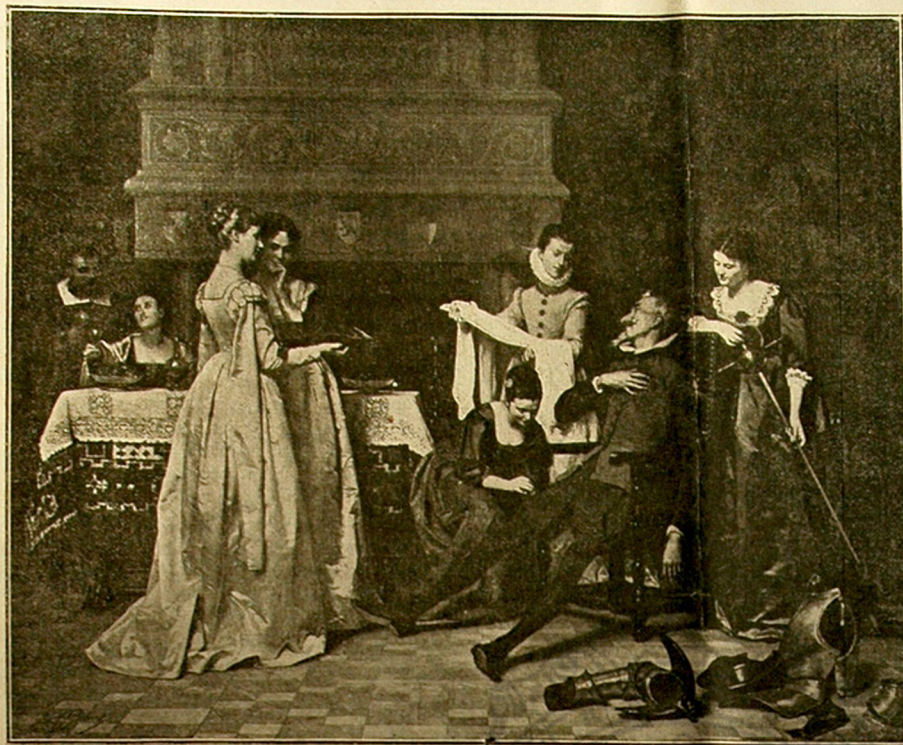
Y si el alma nacional
quiere alcanzar bienandanzas
y levantar su moral,
¡beba en aquel manantial
de sublimes enseñanzas!

Dijo, y erguido y ufano,
el buen Alonso Quijano,
encaminóse á su hotel,
siguiendo Panza tras del
tan orondo y campechano.

En reciente evocación,
escribió esta relación
un medium espiritista.

Conste que mi intervención
es la de mero copista.

Martín Lacata



Hospedaje ducal de Don Quijote

(RAPSODIA CERVÁNTICA)

REFIÉRESE en el capítulo XXX de la Segunda Parte del *Ingenioso Hidalgo*, que un día, al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último de él vió gente que resultó luego ser el acompañamiento de ciertos duques que regresaban de una cacería; y en el mismo mencionado capítulo se dice cómo los Duques—de quienes ya eran conocidas las aventuras de Don Quijote y Sancho Panza—así que vieron á éstos y escucharon la ceremoniosa oferta de sus servicios, resolvieron acoger en su castillo al andante caballero y al escudero andante.

Fuéronse todos al castillo; y el lector no vuelve á ver al héroe manchego en campo raso, dispuesto á seguir sus correrías, hasta el capítulo LVIII, al principio del cual nos le presenta Cervantes satisfecho de su situación y reflejando el estado de su ánimo con estas hermosas palabras: «la libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario el cautiverio es

el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos, hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía á mí que estaba metido entre las estrecheces del hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que las obligaciones de las recompensas, beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. ¡Venturoso aquél á quien el Cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerse á otro que al mismo Cielo!»

La permanencia de Don Quijote en el palacio de los Duques ocupa, pues, veintisiete capítulos, ó, lo que es igual, muy cerca de la cuarta parte de ese monumento literario, gloria de España, que alguien ha llamado la *Biblia del Humorismo*. Desde que el caballero de los Leones—antes, de la Triste Figura—hizo su entrada en la mansión ducal, pasó á una sala adornada de telas riquísimas de oro y brocado y se vió asistido por seis agraciadas doncellas que le sirvieron de pajes; desde el momento en que nos le representa el cuadro de Gisbert

reproducido en esta plancha, esto es, cuando «quedó Don Quijote, después de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaban la una con la otra,» hasta aquel otro momento en que, puesto ya en camino para Zaragoza, vuelve las riendas á Rocinante y, dirigiéndose á Sancho para bendecir la libertad de que se vió privado por los agasajos de los Duques, la pluma de Cervantes trazó una serie continuada de maravillas literarias, cuya sola enumeración regocija y aturde á un mismo tiempo.

Esmaltan esa famosa porción de la admirable joya cervantina numerosas escenas en que el protagonista de la novela, el arrogante y sufrido hidalgo, hace gala de sus magnánimos propósitos, de su rectitud y generosidad, de su entusiasmo para combatir el vicio, enaltecer la virtud, abatir al soberbio, y amparar al débil, y, sobre todo, de su amor á Dulcinea, personificación genuina de la Verdad y el Bien, que por parecerle emblema de toda buena acción, archivo de toda pureza y hermosura, símbolo de perfección y centro de la grandeza, era para el caballero aventurero «día de su noche, gloria de su pena, norte de sus caminos y estrella de su ventura.»

Allí se encuentran artísticamente apilados innumerables refranes, chistes, agudezas y bellaquerías de Sancho, cuya gracia y oportunidad nada tienen que envidiar á las de la burlona servidumbre de los

Duques. Allí están narradas con singular donaire y vivo colorido la fantástica aparición que hizo Merlin para prometer el desencanto de Dulcinea, á costa de los tres mil trescientos azotes que había de propinarse Sancho; la extraña y jamás imaginada aventura de la Condesa Trifaldi (a) *La Dueña Dolorida*; la no menos original del viaje aéreo que hicieron Don Quijote y su escudero, montados en Clavileño *el Aligero*; las distintas peripecias que ofreció el gobierno de la Insula Barataria durante los diez días que estuvo á cargo de Sancho Panza; y las pesadas burlas con que fatigaron á Don Quijote, demostrando, más que gracia, perversa intención la dueña Doña Rodríguez y la resuelta Altisidora. Allí se retrata, de modo magistral, como sólo Cervantes pudo hacerlo, la aristocracia y la nobleza degeneradas, esa clase social mimada, en cierto modo, por la fortuna, que vive en la holganza, alardea de esplendidez, pierde el tiempo en deportes insubstanciales, y es incapaz de sacrificarse por su patria, de fomentar la cultura, de favorecer las buenas obras y aun de querer al prójimo.

Obra imperecedera, libro esencialmente humano es el «Quijote», porque los personajes que en la novela toman parte están calcados del natural, con una exactitud insuperable que el transcurso de los siglos no ha de atenuar ni, mucho menos, podrá hacer desaparecer; por eso, á través del artificio novelesco que por cautela tuvo que emplear Cervantes para fustigar á determinadas clases sociales del tiempo de Felipe III, se descubre y se descubre siempre, en el Ingenioso Hidalgo, el noble y decidido propósito de perseguir y ridiculizar vicios que son comunes á todos los pueblos y á todas las edades, y el de ensalzar la verdad, la justicia y la virtud, dignas por siempre de alabanza y de respeto para todo hombre honrado y bien nacido.

Apenas hubo entrado Don Quijote en el palacio ó castillo de los Duques, cuando le salió al encuentro, en forma imprudente y altanera, uno de estos clérigos que—como dice Cervantes—«gobiernan las casas de los príncipes; de estos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; de estos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; de estos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables.» Pues bien, el grave eclesiástico, sin reparar que en casa de los Duques era él tan huésped como Don Quijote, y sin compadecerse lo más mínimo de la locura ó desgracia de éste—que siéndole conocida, estaba doblemente obligado á respetar, como hombre y como sacerdote cristiano,—así que cayó en la cuenta de que tenía delante al famoso hidalgo manchego, le endilgó al Duque la filípica siguiente:

—«Este Don Quijote ó Don Tonto ó como se llame, imagino yo que no debe ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á Don Quijote, le dijo: y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro, que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendéis malandrines?

Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volved a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen.»

Y cuenta Cervantes que tan pronto como el clérigo calló, púsose en pie Don Quijote, y temblando de los pies á la cabeza, como azogado, con presurosa y turbada lengua, dijo:

«El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuestra merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos, el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues las primeras me'or asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si nó, dígame vuestra merced: ¿por cual de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno de ella, y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más, sino á troche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y, habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondón á dar leyes á la caballería y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos de él, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros,

los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por atrevida irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron, ni pisarán, las sendas de la caballería, no se me da un ardite; caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra... Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que de esto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.»

La lección que da Cervantes, por boca de Don Quijote, á los beatos de oficio y fariseos por vocación, que, lejos de ser humildes, caritativos, prudentes y misericordiosos, se elevan por su soberbia, se enriquecen por su codicia, se enlucen ante la propia adversidad y se moñan de la desgracia ajena, no puede ser más merecida y contundente.

Don Quijote, idealista, soñador, y en lucha incesante con el positivismo grosero de su acompañante Sancho, parece que se sublima á medida que crecen y se multiplican los obstáculos que halla en su camino. Fiel á sus creencias, firme en sus convicciones, recto en la intuición, fuerte en el peligro y animoso en el infortunio, es calificado de temerario y loco por una socie-

dad corrompida, incapaz de comprenderle y estimarle. Pero nada le detiene ni arredra: cuanto mayor es la maldad de sus enemigos y la perfidia de sus amigos falsos, más y más se encarina el andante caballero con sus generosos propósitos y magnánimas esperanzas.

En vano le ridiculizaron los Duques y le atormentó y escarneció la servidumbre palaciega. En tales circunstancias, todo lo que consiguen esos grandes, empequeñecidos ó rebajados, que se avienen á ser juguete de un embaucador entrometido, y la taifa servil de aduladores que constituyen de ordinario su séquito, es engrandecer la majestuosa figura del hombre de bien, enamorado perdidamente de los ideales platónicos.

El cándido aventurero, en quien no pocos quijotistas vemos retratado al propio Cervantes, sale de cada empresa mucho más razonador y más engreído y satisfecho de su nobilísimo empeño. Cuando le tildan de tonto y loco enjareta un discurso que queda como modelo de elegancia y discreción, imposible de imitar á los más insignes oradores. Cuando se le cree abatido

y derrotado, vuelve brioso, lanza en ristre, á acometer las más áridas aventuras. Cuando más acosado se le vé por la innoble fatuidad, la ignorancia despiadada ó el prosaico positivismo, mayor es su esperanza de vencer y más apasionado se muestra de los poéticos encantos de su adorada Dulcinea.

Y al fin de la jornada, cuando el héroe se tiene que rendir al peso de los años y los desengaños, y está próxima la hora de su muerte, en vez de flaquear aquel inquieto cerebro tan torpemente vilipendiado, luce y brilla, en sus momentos postreros, con los vivísimos destellos de un faro moral é intelectual de primer orden.

Bien hace, por lo mismo, sobre la tumba de Don Quijote el expresivo epitafio que le dedicó Sansón Carrasco:

«Yace aquí el hidalgo fuerte, que á tanto extremo llegó de valiente, que se advierte, que la muerte no triunfó de su vida con su muerte.

Tuvo á todo el mundo en poco; fué el espantajo y el coco del mundo en tal coyuntura, que acreditó su ventura morir cuerdo y vivir loco.»

Lorenzo Ayarza



Cervantes preso en la cárcel de Sevilla

A Cervantes

Cuántas veces, a solitario, en delicias eternas, han cruzado por mi mente las hazañas inmortales del andante caballero que ideaste en la prisión. Cuántas veces he gozado recordando una aventura y he buscado la enseñanza enfrascado en la lección de ese libro prodigioso que es del mundo admiración.

Soportando con firmeza el martirio de la vista, pasaste por tu encierro: la cabeza dolorida, el moderno Nazareno resignado con su cruz. Y abrumado por el peso de martirios y dolores, fué tu Genio escarnecido por magníficos seños es que, insensatos, no sabían que tu libro era la luz. Frente á frente á la desgracia sin protesta ni llanto, en Lepanto, generoso, diste sangre y diste aliento, disputando, por tu patria, el laurel del vencedor. Y si un brazo, por tu suerte, te dejaste en la campaña, bien supiste, con el otro, darle nombre y brillo á España con el libro más hermoso que soñara un escritor.

Juan José NEBRERA

Don Quijote y yo



QUIERO hablar de Don Quijote como pudiera hacerlo un amante discípulo de su maestro predilecto. Para mí él es el mío: maestro de vida, la que quisiera amoldar á la suya, para que, aún á trueque de pasar por loco, me conociesen don Quijote. Admiro á todo él, y al evocar su figura brillantísima, me doy por muy contento, pues creo ver desfilar ante mí á la humana perfección, dichoso al contemplar fantásticamente en el ensueño, á aquel donde toda caballería *tuvo su asiento*.

Para mí llegó á ser su espíritu adorable como un Penate tutelar, antiguo y sagrado; su soplo inmortal, refrescante soplo de un ideal deleitable y purísimo: yo le estimo, yo le venero como el recuerdo del pobre y querido padre muerto, y hay momentos en que parece deslizarse su alma por mi frente, como un hábito regenerador y animoso, que me impulsa al

bien. El, en los instantes de angustias supremas, me conforta y alivia; él, en momentos de desánimo me infunde alientos para proseguir la lucha; él, con sus lecciones severas á la par que cariñosas, me inspira sentimientos fraternales y humanitarios. Yo le estimo, yo le venero; su bondad quisiera yo que fuese mi bondad, seguro de que no habría hombre más clemente y bondadoso que yo; su causa mi causa, convencido de que tendría la mejor por causa mía; su caballeroso y cortés comportamiento, patrón del mío, para ser por antonomasia caballero, pues nadie lo fué tanto como él, y, en último término y por fin, quisiera yo estar adornado de todas sus bellas cualidades, y aún ser como antes dije, tan loco como él, seguro entonces de ser el más justo, el más honrado, el más digno de los hombres, que no otra cosa fué lo que llamaron su locura; justicia, bondad, altruismo, valentía; óptimas dotes de varón sin igual.

Miguel de Cervantes

La Leyenda de los Siglos

Era yo más que adolescente y aún no había leído el *Quijote*. Atendí, mi peñado la confesión del mismo, ya que ella es el desagravio de la ofensa inferida al Genio de Cervantes con aquella omisión.

No pocos libros habían pasado por mis manos. Novelas, cuentos, poesías; también los que fueron insoportables compañeros de mi primera época de estudiante; multitud de autores españoles y franceses, que hicieron girar en torno de mi mente personajes mil, en forma de kaleidoscopio de la fantasía.

Un día, en lugar y ocasión que no hacen al caso, tomé un libro que á la vista se me ofreció. Su aspecto denotaba el trato poco esmerado que con él habían usado los que hasta entonces le leyeron. Rota la encuadernación, arrancado el título, desaparecida la cubierta, y con ella el nombre del autor, más se me auxiliaba de poco escrupulosa cocinera, que tomo de lectura interesante.

Le abrí por no sé qué razón, maquinalmente, quizás por ese algo indeterminado, instintivo, que impulsa constantemente nuestra curiosidad y nos invita á levantar el velo de ocultas grandezas; y así, al azar, fijéme en una línea que decía: «esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras». Vinieron con esto á mi memoria los recuerdos de otros días, de aquellos destinados en la clase de retórica y poética, como entonces se decía, á leer, analizar y glosar párrafos de prosa castellana, que grabados quedaban en la mente de manera mecánica, por sólo la virtud que al cerebro presta la ju-

venil lozanía. Tales recuerdos me hicieron notar que había existido en el mundo Miguel de Cervantes, el creador del héroe novelado llamado Don Quijote de la Mancha.

Era, en efecto, aquel libro, la historia del Ingenioso Hidalgo, y leí, entrándome por sus capítulos, con la avidez y febril deseo que sentimos al hallarnos en presencia de lo que nos preconizó la fama universal, ansiando llegar al conocimiento de grandezas y detalles. Leí y quedé maravillado. Desde ese día, aplico al libro sin igual el nombre que, á manera de título, encabeza estas líneas, y que ya dió el gran romántico francés del siglo pasado á una de sus obras.

Por materia para leída en el transcurso de siglos y siglos, tiene el mundo la colosal producción. Ha llevado vida esplendorosa y triunfal durante tres, y al resistir de tal modo á la acción del tiempo, ha alcanzado la altura y nivel de aquellas creaciones del Genio del hombre, que marcan una época de la vida de la humanidad, que señalan un punto culminante de la Historia y establecen algo definitivo, inmovible, contra lo cual se estrella el oleaje destructor y renovador del progreso.

He oído hablar de los sublimes espectáculos de la naturaleza, de la grandiosidad del Niágara, de las mágicas inundaciones del Nilo, de la magestad imponente de los Océanos; he oído celebrar los monumentos levantados por el hombre á sus creencias, ideas, dioses ó utilidad y apurar los adjetivos en ponderación de las Pirámides, el Colono, San Pedro en Vaticano, el

Canal de Suez; he estudiado los recuerdos que conserva la Historia de las empresas de los Césares, de la influencia de la civilización de las razas, en sus períodos de apogeo, triste decadencia y brillante renacimiento; he considerado lo más saliente é importante y vi aspectos parciales y maravillosos de la vida, puntos de determinado color, á que dá carácter el prisma del tiempo, lugar ó circunstancias, á través del cual los miramos. Lógico es que ante ellos, nos sintamos poseídos de sublime admiración, mas sin olvidar que su causa se imputa á la divina omnipotencia ó al esfuerzo gigantesco de generaciones y pueblos. El «Quijote» es obra de un hombre solo; pobre, viejo y mutilado además.

Parece en verdad milagroso que Cervantes, sin más auxiliar que su pluma y sin otro concurso que el de sus observaciones, haya conseguido llamar en tan alto grado la atención del mundo, despertar la admiración de las gentes y provocar el aplauso universal. Se me dirá que para escribir un libro, basta eso, una inteligencia y una pluma. Menos se exige para hinchar un perro y ya se sabe lo que de ello decía el loco del cuento cervantino; mas aparte de esto, libros son el Talmud, la Biblia, los sagrados de las religiones orientales, los textos del Derecho Romano, las Siete Partidas; libros son, pero producto del espíritu ó alto grado de cultura, de un pueblo entero y á veces de varias razas.

No admite comentarios el «Quijote». Ya nos han dicho en todas las lenguas, cuáles y de qué calidad son sus bellezas, cuál su tendencia ó fin, cuál su filosofía, cuál su transcendencia. Hoy, rinden los españoles testimonio de admiración á Cervantes y la consideración de la triste vida que arrastró el portentoso Ingenio, aumenta la intensidad, la efusión del homenaje tributado. Cervantes fué humilde y pobre, como Jesús y Lutero; como ellos, llenó el mundo con sus ideas, y sinó altares á su divinidad, templos para sus doctrinas deben levantarse.

J. López Maza

POR QUÉ HA TRIUNFADO EL QUIJOTE

Seguro estoy de que si resucitara Cervantes, y viera cuánto ha ganado con los siglos en valor y merecimientos su obra inmortal, sorprenderíase en grado sumo, pues no pudo, individualmente, augurar para ella, ni aún llevándola al extremo más optimista sus presunciones, un éxito tan colosal y perdurable.

Indíceme á creerlo así, la sola consideración de que el fin por el perseguido, era circunstancial y pasajero; á buen seguro que el creador de Don Quijote hubiera dado su vanidad de escritor por satisfecha, y sus esperanzas de hombre por colmadas, solo con haber conseguido extirpar con el ridículo la afición insana hacia aquellos por él tan donosamente asateados libros de caballerías,

trastornadores de cerebros, corruptores del gusto literario. Ni otro ideal se propuso, ni más transcendencia quiso dar á su producción, tanta y tan incansablemente favorecida por la fortuna, que no hay país regularmente civilizado, ni apenas existe idioma en el mundo, que no hayan procurado enriquecerle con la traducción de la obra maestra de la literatura hispana.

Fenómeno es éste que puede parecer extraño: ¿por qué logró tal auge una novela que retrata las costumbres de varios personajes, humildes en su inmensa mayoría, y cuya acción desarróllase en España, país que ya en la época en que el *Quijote* fué escrito, había dejado de figurar á la cabeza del concierto europeo?

La razón, á mi juicio, es obvia: Cervantes realizó una labor completa, abarcando en su obra la totalidad de la vida humana; tal vez sin proponerse—que los grandes aciertos tienen mucho de inconsciente—fundió en el crisol de su inteligencia todos los elementos que integran la humanidad.

Su grandiosa novela es un símbolo constante: símbolo es D. Quijote, representante del idealismo, volando, cual otro Ícaro, con las alas de cera de la fantasía; símbolo es Sancho Panza, que con su gramática parda es la encarnación del positivismo; símbolo es la incesante permanencia del hidalgo soñador junto al prosaico escudero, que no otra cosa es la vida, urdimbre misteriosa de luces y sombras, de ilusiones que hoy florecen para mañana marchitarse; de alegrías y zozobras, de esperanzas lisonjeras ante las cuales sonreímos, y tenebrosas realidades que nos hacen fruncir el entrecejo...

Estos símbolos, cuando son afortunados, constituyen las grandes producciones, las obras maestras, para las cuales no existen fronteras, porque su patria es el Universo, pareciendo estar escritas en una especie de *zōlophik* misterioso, que las hace asequibles á todas las inteligencias, asimilables á todos los temperamentos. Al leer una de estas grandes obras, parece que recuperamos algo que era nuestro, cuya posesión nos deleita, pero no nos sorprende: creemos que aquello que ante nuestro entendimiento desfiló, no es nuevo, porque coincide con el fondo de nuestro ser, y admirando á esas obras, nos admiramos á nosotros mismos; por eso viven una gloriosa vida, que nunca ha de extinguirse, Calderón con su Segismundo, Cervantes con su Quijano, Shakespeare con su Hamlet y su Lear, Goethe con su Werther, tal vez más que con su Fausto, Zola con sus Rougon-Macquart...

Y, sin embargo, esos hombres prodigiosos—Zola, Goethe, Shakespeare, Cervantes, Calderón—no deben considerarse como *genios*; su potencia creadora, es escasa, tal vez nula: lo cual no es óbice para que su labor haya sido y siga siendo fructífera y fecunda en grado sumo, más que la realizada por otros, astros de luz propia, pero inferiores á aquéllos en magnitud... Comparemos una buja encendida con una poderosa lente biconvexa: en la obscuridad de la noche, claro es que aquella brillará, en tanto que la lupa carece de poder lumínico... Pero dejad que brille el sol, haced que en el foco de la lente converjan sus rayos poderosos, y la débil luminaria quedará oscurecida...

Los grandes hombres, autores de esas obras inmortales, son á manera de lentes poderosas, en cuyo foco han de converger los rayos del sol, que es la vida; concentrada ésta en sus cerebros privilegiados, toma cuerpo en las obras creadas por ellos. Cervantes, al escribir su *Quijote* no hizo sino devolver á la humanidad los conocimientos que ella misma hablaba proporcionado, haciéndolo pasar por el tamiz de su prodigioso instinto observador.

La humanidad sintióse retratada en la novela del manco de Lepanto, y tributóla veneración incondicional, convencida de que admirando al *Quijote*, á sí misma se admiraba.

Augusto Martínez Olmedilla

Imprenta SAN JOSÉ—A. López Maza, Linares



Carta abierta

Al ingenioso hidalgo
D. Quijote de la Mancha

Trescientos años se cumplen el actual, mi señor Don Quijote, que, escrita por la mano del Genio más grande que ha producido la nación hispana, salió a la luz la primera parte de la verdadera historia de vuestros famosos hechos y con

motivo de tal cumpleaños, los amantes de las obras maestras de la literatura castellana — que si no lo son todos los españoles, podrán contarse algunos cientos que lo sean — los que saben el culto que se debe a los que nos legaron los monumentos que en todos los tiempos fueron: asombro de propios y extraños, apréstanse en estos días a rendir público homenaje de profunda admiración al que con su obra inmortal, monumento el más gigante de la literatura patria, extendió por toda la haz de la tierra la justa fama por v. m. ganada en los manchegos campos y en los lugares no manchegos.

No son mis propósitos, mi señor Don Quijote, comunicaros, por orden alfabético, la lista detallada ni nota alguna de lo que aquí se prepara en honor de vuestro preclaro historiador; todo eso lo sabrá v. m., si ya no lo sabe, por telégrafo sin hilos; tampoco diré nada de los que, imitando a v. m. se pasan los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, no leyendo libros de caballería, sino buscando y rebuscando frases que ofrecer al Genio que se trata de honrar, del que sólo acierto a decir yo que *fué el que fué*. Esta tiene por exclusivo objeto informar a v. m. del estado social, político, literario, religioso y otros varios, de la nación española en los villaverdosos tiempos que corremos.

Si imagina v. m. que con sus nunca por nadie igualadas fañañas y con la verídica historia de ellas, conocida hoy en todos los puntos de todos los meridianos, —debido este conocimiento a los millares de ediciones que de su historia se han hecho en todos los idiomas, tantas, que a cada cincuenta días corresponde una— el mundo no está aún del todo limpio, y libre, por tanto, de malandrines, truchimanes, fulleros y demás ilustres personajes de este género, y que la nación hispana no es el modelo de esta limpieza ni espejo de cultura y sensatez, no se ajusta v. m. en sus figuraciones a la realidad de lo que por acá ocurre; y en Dios y en mi ánima, que si v. m. se digna leer hasta el último estos renglones, su ánimo, acaso entristecido por tales fantasmas, se ha de tornar en alborozado y satisfecho, cuando sepa que ni de malandrines, ni de fulleros, ni de galeotes, ni de procaces, ni de truchimanes, ni de mentirosos, ni de soberbios, ni de necios, ni de pedestres, ni de engreídos, ni de majaderos, ni de fatuos, ni de pedantes, ni de casquivanos, ni de hipócritas queda hueca alguna en el hespérico territorio, limpio y puro, con las fañañas de v. m., de tan calamitosos individuos.

Y cuánto me place, mi señor Don Quijote, comunicarle estas nuevas! Y cuánto ensancha mi corazón decirle:

«Los pocos vicios que en España había quedaron extirpados, y las muchas virtudes se aumentaron con el paso de v. m. por el mundo! Porque grato y satisfactorio es en extremo para el que lo hace, manifestar al autor de una obra, que ésta ha dado con creces todos los frutos por él apetecidos.

Si volver pudiera y quisiera v. m. a este planeta, tendría que renunciar a buscar aventuras; porque ni en las inmediaciones de Sierra Morena, ni en las manchegas llanuras, ni en los demás lugares que fueron teatro de vuestros famosos hechos, habría de encontrarlas; y si por no renunciar a ellas penetrárais en las villas y ciudades, armado de látigo y de segur, creyendo refugiado en ellas lo que en los caminos no hallárais, sufriríais nuevas decepciones y tendríais que renunciar en absoluto a la empresa, por no tener a quien dar pruebas de vuestro valor; porque ni en los templos de la ciencia, ni de la política, ni de la religión veríais guardado ningún intruso, y si invadíais los primeros por infinitos sabios, todos de buena ley, sin que encontráseis, por mucho que escudriñáseis, ningún corruptor de la ciencia, ni escarnecedor alguno de la filosofía; en los segundos no veríais a ningún engreído, sin otros méritos que los adquiridos a costa del espinazo, que gente así no ha producido jamás España; y en los últimos, ni aun buscándolos con linterna, lograría encontrar v. m. ni sombra de un hipócrita que, golpeándose el pecho, en el que hundiera la cabeza, tuviese el ánimo muy apartado de Dios. Y en general, en ninguna parte encontraría v. m. falsos héroes, ni cabezas que se inclinasen ante quien, con asnal gravedad, ostentara, ensoberbecido, honores alcanzados a fuerza de rastrojería; ni claritanes encumbrados a puestos usurpados al sabio; ni aplaudido el mérito aparente y menospreciada la ciencia; ni despreciables buhos hablando en jactancioso tono; ni escuchadores de urracas; ni detractores de honras; ni usurpadores de agenos derechos; ni comerciantes defraudadores del público; ni, en fin, nada que no fuese honradez, virtud, moralidad, observancia v. m., por lo que tendría que volverse a la mansión donde habita, en la que continuaría viviendo feliz y satisfecho de la ventura imperturbable de la española tierra.

Corregíais a vuestro escudero el uso que de los vocablos hacía. Pues bien; habéis de saber que ni uno solo sale sin palmar de la boca del más humilde villano; y si alguien os dijere que para llegar hoy a sabio es condición esencial estropear el idioma; y que para escalar los primeros puestos académicos y políticos basta ser buen decapitador de la sintaxis, y que lo que recientemente se ha bautizado con el nombre de *modernismo*, requiere para su acertado cultivo renunciar a la lectura y estudio de los clásicos y a beber en las fuentes del buen gusto; y que para ser escritor modernista sólo se necesita homologar mucho, adjetivar más, gongorear lindamente, usar del retruécano todo lo posible, arrojar la gramática al arroyo y despreciar a los doctos y maestros del bien decir, que a fuerza de vigiliat y de no interrumpidos estudios sentaron las bases donde descansan las leyes de la arquitectura de las lenguas, legándonos el código del buen gusto, que los modernistas se afanan por destruir, contestad a los que así os ha-

blen que faltan a sabiendas a la verdad, y pensad que, como por aquí se dice, os quieren tomar el pelo, pues jamás llegó España a tan cabal y perfecto conocimiento y uso de la gramática, de la lógica y de la literatura como en los felices tiempos que corren.

Manifestad todo esto al autor de la verdadera historia de vuestros famosos hechos, y añadid, si a bien lo teneis, que todos los que tomarán parte en las fiestas que actualmente se celebran para conmemorar la aparición de la primera parte de «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha», han estudiado detenidamente y han analizado con excelente sentido esta grande obra en su fondo y en su forma; que la naturalidad, la sencillez, la corrección y elegancia que campean en ella, son muy tenidas en cuenta por los modernos escritores, los que rechazan y condenan la afectación, lo hinchado, lo campanudo, lo chavacano, lo obscuro, lo difuso, lo insubstancial; si bien es cierto que de estos vicios no adolece en la actualidad ninguna obra, razón por la cual ningún escritor se ve atacado de ellos; y si alguien fuese contando a v. m. ó al príncipe de los ingenios que por arcáicas se han desterrando las formas castizas; que gramática es un término vacío; que los progresos literarios aborrecen de la lógica, y finalmente que el título de Licenciado en Asnología por la Universidad de Villabrutanda habilita para todas las artes y profesiones liberales y para todos los cargos, por elevados que sean, no lo tomen en serio vs. ms., porque el que lo afirma, ó está loco de remate ó es otro que persigue la tomadura del pelo.

Me haría interminable, mi señor Don Quijote, si continuase hablando a v. m. acerca del alto grado de perfección a que con el rodar de los tiempos, los vuestros hechos han llegado en todo, y de los progresos verdaderamente asombrosos que en

orden de cosas se han hecho; y como no quiero molestar más la atención de un tan cumplido caballero, como lo es vuestra merced, haré punto en cuanto le diga que ni el zapatero abandona sus zapatos para entrar en el campo de la literatura y de la política; que no perora el carpintero en el café ó en la plaza sobre asuntos que no le incumben; que el barbero no afeita a Lope ni a Calderón, etcétera, etc., pues ninguno se mete donde no le importa ni entiende, no existiendo, por tanto, invasores del mercado de la literatura de primera necesidad, ni sapos inflados con su profesión ó arte, entre los que, de existir, podrían contarse algunos mentores y mentoras (yo los llamo mentidores) de la infancia y algún descarriado de su primer oficio, que, al tomarlo nuevo, en más de una ocasión se haya vestido con las plumas del pavo real, ni reptiles que parecen hombres, etc., etc.

Con la verdad en los labios y el sentimiento humanitario en el corazón, nos estrechamos la mano; la virtud, guía nuestros actos; no conocemos el vicio; ni somos fariseos; ni nadie vende finezas a nadie; ni la moral es acomodaticia; ni la educación, superficial; ni la política, el arte de desgovernar; ni la prensa, persigue otros fines que el altruismo; ni la administración significa descuido ó desbarregio; ni existen sujetos ridículamente graves y serios, nimiamente puntillosos, que en su porte denoten fatuidad, impertinencia, majadería; en una palabra: tipos que sean ridículas caricaturas de v. m., como tan poco grotescamente sanchopancescos.

No os pese, pues, mi señor Don Quijote, vivir la vida de ese mundo, puesto que en éste ni hay vicios que corregir, ni entuertos que enderezar, toda vez que todo lo dejásteis corregido y enderezado.

Siempre admirador de la hidalguía de v. m. — Fray Faría.

Por la cepa

J. Canina



Retrato de Cervantes existente en la Real Academia Española.
Se le supone original de Alonso de Arco.

Pero véngase ad vuesa merced, valeroso hidalgo:
quien vos metió en correír lo incorregible? Diteis
en la manía de proteger al delin, castigar á rufianes, y
hasta ser comido y honrado con las llamas, y no
non á faltar el cuerpo de vuesa merced? Diteis
Shibiteis nio los vicios y acciones de los hombres,
resueltos, con veniendo la andorra á fuerza de los hombres,
revelarles los mas quecidos, el agua de las fues, y pes,
mudas y milagros, es entusasta como buena fanática y
humbrera.
Con todo, sepa Dios qué fin se os olura; porque
tanto hilo Cristo, y le clavarón señor Don Quijote.

Rafael Carrillo

Quando el Ingenioso Hidalgo vino al
mundo de las laras, España era grande,
aunque ya había empezado el camino
para dejar de serlo. La mala sirca este
ser centenario como señal de marcha en
pos de una regeneración pronta y
porosa!

Enrique Moreno

C.0003



TARJETA POSTAL
Postkarte—Cartolina postale—Leveledo-Lap
UNIÓN POSTALE UNIVERSELLE
ESPAÑA

Lugar
para
el sello

Señor Gobernador de la Insula Barataria,
Para entregar al Caballero de la Triste Figura, en

Donde se halle

Loco estarias, valeroso hidalgo:
pero has hecho que el mundo se conveña
de que el que á ti no se parece en algo,
si no es imbécil, es un sinvergüenza.

Lorenzo Ayer

Pienso ante la lucidez,
la cordura y sensatez
de tu sublime locura,
que es la mundana coti-
a locura o candidez.

Juan Cañizares Estrán

Figura de tal altura
en la meladura,
con vos en parangón,
la humana creación
hace muy triste figura.

Martín Lasa

Más aún que vuestras discretísimas razones,
son de admirar, por nosotros, la gente moza,
aquellos nobles arrechos con que os lanzabais á
la realización de un generoso ideal de justicia.

Antonio Moreno

...Peor es meneallo!

M. Carranza

Sublime hidalgo: Si la humanidad asociase á
sus ideales sus aspiraciones, la justicia no sería
cosa vana entre los hombres, y el bien tendería
su mano á todos los vivientes.

L. López Gatt